

*El GOLEM:
una metáfora de los
tiempos modernos*

El hombre, desde la finitud de su condición humana, ha anhelado siempre ser el doble de Dios. Ya sea en oposición o en imitación en Él. Para superar su pequeñez, para luchar contra el espectro amenazante de la muerte, el ser humano ha inventado, en el arte y en la ciencia, otros universos y otros hombres. Desde la creación de ídolos e imágenes dotados —supuestamente— de habla hasta los seres artificiales poseedores de inteligencia que hoy nos resultan casi familiares, o desde la invención del hombre alquímico (homúnculo) diseñado por Paracelso hasta el *Frankenstein* de Mary Shelley o *Los autómatas* de E.T. Hoffman, el ser humano ha querido recrear la sentencia bíblica: “Y Dios creó al hombre a su imagen y semejanza”. Para imaginar que podría ser tan omnipotente como Dios, el hombre ha soñado, desde tiempos inmemoriales, en ser él también un creador de la vida. En esta permanente pasión por acercarse a Dios, una de las figuras más fascinantes construidas por el ser humano ha sido la del *Golem*, criatura creada a través de un acto mágico al pronunciar una combinación de letras y números que culminan en el Nombre Divino. Antigua leyenda judaica que data de épocas medievales y que alcanza su cúspide legendaria —y posteriormente artística— en el relato sobre el Rabino Judah Loew ben Bezalel y su *Golem* de Praga.

Cuenta la leyenda que hacia fines del siglo XVII, el gran sabio y místico Rabino Judah Loew, “sediento de saber lo que Dios sabe” (como escribe Borges en su poema *El Golem*) creó, con arcilla, una figura humana a través de un complejo y difícil proceso cabalístico, “buscando” —como dice Borges— “La esencia cifrada de Dios”. Para insuflarle vida,

* Profesora adscrita a la Coordinación de Sociología de la FCPyS-UNAM.

como Dios lo hizo con Adán, Rabbi Judah colocó en su boca un papel con el inefable Nombre. Así, el *Golem*, en palabras de Borges,

Gradualmente se vio (como nosotros)
Aprisionado en esta red sonora
de Antes, Después, Ayer, Mientras, Ahora,
Derecha, Izquierda, Yo, Tú, Aquéllos, Otros.

Es decir, se hizo humano. El *Golem*, como todos los seres vivos de la creación, descansaba el Sábado. Al inicio de ese día sagrado, Rabbi Judah removía el papel con el Nombre Divino y su criatura se convertía en un ser inerte, hasta que el papel regresaba a su boca. Pero, cuenta la leyenda, sucedió que un día su Hacedor olvidó remover el papel y el *Golem*, creciendo en tamaño, comenzó una gigantesca labor de destrucción. Lo creado se volvió contra su creador. El Rabbi a duras penas pudo quitar el papel con el Nombre Divino, y el *Golem* se desplomó transformado en arcilla. Otra versión de la leyenda cuenta que el *Golem* tenía grabada en su frente las tres letras hebreas que forman la palabra *Verdad* y que en el momento de la destrucción Rabbi Judah borró de su frente la primera letra, y la palabra *Verdad* se convirtió, según el alfabeto hebreo, en la palabra *Muerte*. Una tercera versión señala que cuando el *Golem* ya había cumplido la misión para la cual fue creado —auxiliar a los judíos de Praga en caso de peligro— el propio Rabbi Judah Loew ben Bezalel lo volvió nuevamente arcilla, cumpliendo, de manera inversa, los pasos de su creación.

El *Golem* de la leyenda respondía a las órdenes de su creador, pero carecía del poder de la palabra. En la versión de Borges

Tal vez hubo un error en la grafía
O en la articulación del Sacro Nombre;
A pesar de tan alta hechicería
No aprendió a hablar el aprendiz de hombre.

La fuerza del Verbo, pronunciado por Dios, puso orden en el caos y dio origen al universo y a la armonía. El hombre fue construido con arcilla, pero, dotado de la palabra, le dio nombre a los seres y a las cosas. La palabra ha sido, por excelencia, el atributo humano, la posibilidad de escritura de la historia. El *Golem*, al tener como única alternativa el silencio, al no poder liberarse de la inercia de la materia, era sólo el pálido reflejo del hombre, comprobando, dolorosamente para éste, la imperfección de su anhelo de divinidad.

¿Por qué la figura y la leyenda del *Golem* han sido tan fascinantes

para pintores, poetas, dramaturgos, cineastas, músicos, y para cada uno de nosotros? ¿Quizá porque, por los procedimientos de su creación, apela a un *pathos* mágico, intemporal y profundo, de la conciencia humana? ¿Porque encarna, al ser creado y des-creado por una voluntad superior a la suya, nuestro propio desamparo? ¿Porque, aun sin saberlo, coincidimos con Borges en su cuento *Las ruinas circulares* en que no somos sino una fabulación imaginada por otro creador? ¿O porque el *Golem* representa, de alguna manera, una encarnación de nosotros mismos, y buscamos a través de él un encuentro con nuestra identidad perdida, y en este sentido, se abren ante nosotros los grandes temas —existencial y literario— de la modernidad?

En este punto quisiéramos retomar la novela de Gustav Meyrinck, *El Golem*, probablemente la que más ha popularizado al personaje y a su leyenda. Caótica y cautivante, la novela de Meyrinck es, por una parte, una alegoría sobre el *Golem* de Praga como símbolo espiritual del pueblo judío en espera de la Redención. Pero al mismo tiempo, la novela es una alegoría alucinante sobre la lucha de un hombre —un artista— por encontrarse a sí mismo, reconociendo en el *Golem* la posibilidad de su propia Redención salvadora. Desde la marginalidad (del ghetto judío en Praga), desde la “apatricidad” hacia el mundo que lo rodea, desde el olvido de su pasado, la desventura de su presente y la incertidumbre de su futuro, el protagonista, Athanasius Pernauth, podría encarnar el destino del hombre moderno, que ignora quién es y se busca porque no sabe si existe. Creado a semejanza de Dios, se encuentra exiliado-alienado de sí mismo; prisionero de un mundo laberíntico, se pregunta sobre la “condición humana” desde la exclusión y ya no desde la permanencia, desgarrado entre la voluntad de mirar hacia adelante y la conciencia de la insuficiencia del mundo.

La novela de Meyrinck se ubica en Praga, “la ciudad amada y temida” de Kafka. Laberinto de torres, catedrales, callejuelas y escaleras que conducen a lo desconocido, Praga —ciudad mágica, extraña, medieval y barroca, hogar de cuentos de hadas, sabios, alquimistas, santos y místicos— es el escenario idóneo para la búsqueda de la conciencia del Yo, el gran tema de la literatura moderna que, como profecía, ha constatado una y otra vez la incapacidad de una época para preveer su destino; y como espejo, ha reflejado la existencia de un hombre que se encuentra en perpetua búsqueda de su identidad para escapar de aquella despersonalización que lo ha convertido simplemente en una inicial: K.

La búsqueda de sí de Athanasius Pernauth, el protagonista de la novela de Meyrinck, borra las fronteras entre la fantasía y la razón, el sueño y la vigilia, lo real y lo fantasmagórico. El reconocimiento de sí mismo se comienza a producir en el encuentro con la primera carta del

Tarot (otra versión del *Golem*), que simboliza el *Aleph*: la raíz del mundo, la que encierra al universo todo (recordemos *El Aleph* de Borges), la que realiza la conjunción del micro y el macrocosmos, la que simboliza el hecho de que la historia del hombre repite la historia de la humanidad. El reconocimiento también se da en el encuentro con el *Libro* (El Libro Único de Borges), que es también el Universo —sílabas de un mensaje perpetuo—, la concentración de todos los pensamientos del hombre y de todos los minutos de la eternidad. El *Golem* —que es también el *Aleph* y el *Libro*— se convierte, entonces, en el espejo en que Athanasius Pernauth, y cada uno de nosotros, enfrenta su destino, que, en palabras del multicitado y querido Borges “está contenido en un solo instante: el momento en que el hombre sabe para siempre quién es”.